

Jane Austen

Orgullo y prejuicio

Traducido de inglés por José Luis López Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Pride and Prejudice*

Primera edición: 1996
Duodécima edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: José Luis López Muñoz, 1996
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1996, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-608-9
Depósito legal: M. 20.867-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Capítulo 1
15	Capítulo 2
19	Capítulo 3
26	Capítulo 4
31	Capítulo 5
36	Capítulo 6
46	Capítulo 7
55	Capítulo 8
64	Capítulo 9
72	Capítulo 10
82	Capítulo 11
89	Capítulo 12
92	Capítulo 13
99	Capítulo 14
104	Capítulo 15
112	Capítulo 16
126	Capítulo 17
132	Capítulo 18
152	Capítulo 19
160	Capítulo 20
167	Capítulo 21
175	Capítulo 22
183	Capítulo 23

190	Capítulo 24
198	Capítulo 25
205	Capítulo 26
214	Capítulo 27
220	Capítulo 28
227	Capítulo 29
237	Capítulo 30
243	Capítulo 31
250	Capítulo 32
257	Capítulo 33
265	Capítulo 34
274	Capítulo 35
285	Capítulo 36
294	Capítulo 37
300	Capítulo 38
305	Capítulo 39
312	Capítulo 40
319	Capítulo 41
329	Capítulo 42
337	Capítulo 43
356	Capítulo 44
366	Capítulo 45
374	Capítulo 46
387	Capítulo 47
402	Capítulo 48
411	Capítulo 49
420	Capítulo 50
430	Capítulo 51
438	Capítulo 52
450	Capítulo 53
462	Capítulo 54

Índice

469	Capítulo 55
479	Capítulo 56
490	Capítulo 57
497	Capítulo 58
507	Capítulo 59
517	Capítulo 60
524	Capítulo 61

Capítulo 1

Es una verdad universalmente aceptada que un soltero con posibles ha de buscar esposa.

Por muy poco que se sepa de los gustos u opiniones de tal varón cuando se incorpora a una comunidad, esa verdad tiene tanto arraigo en la mente de las familias circundantes que se le considera, por derecho, propiedad de una u otra de sus hijas.

–Mi querido señor Bennet –le dijo un día su esposa a este caballero–, ¿te has enterado de que por fin se ha alquilado Netherfield Park?

El señor Bennet respondió que no estaba al tanto.

–Pues ya lo sabes –replicó ella–; la señora Long acaba de hacerme una visita y me lo ha contado todo.

El señor Bennet no respondió.

–¿No quieres saber quién ha sido? –exclamó su esposa, impaciente.

—Tú me lo quieres contar y yo no me opongo a enterarme.

Aquella respuesta era más que suficiente invitación.

—Claro que tienes que estar enterado: la señora Long dice que se trata de un joven de gran fortuna que procede del norte de Inglaterra; el lunes se presentó a ver la propiedad en un coche de cuatro caballos, y le gustó tanto que se puso inmediatamente de acuerdo con el señor Morris; al parecer se instalará antes de que acabe septiembre y algunos de sus criados llegarán ya para finales de la semana que viene.

—¿Cómo se llama?

—Bingley.

—¿Casado o soltero?

—¡Soltero, querido, por supuesto! Un soltero con mucho dinero; cuatro o cinco mil libras de renta al año. ¡Qué suerte tienen nuestras hijas!

—¿Cómo así? ¿Qué tiene eso que ver con nuestras hijas?

—Mi querido señor Bennet —replicó su esposa—, ¿por qué te propones siempre agotar mi paciencia? Sabes de sobra que estoy pensando en que se case con una de ellas.

—¿Es eso lo que se propone instalándose aquí?

—¿Lo que se propone? ¡Qué tontería! ¿Cómo puedes decir eso? Pero es muy posible que se enamore de una de ellas, por lo que deberás ir a visitarlo tan pronto como llegue.

—No veo motivo para ello. Podéis ir las chicas y tú, o enviarlas a ellas solas, lo que tal vez sea mejor, porque como eres tan guapa como tus hijas quizá el señor Bingley te prefiera.

–Me halagas mucho, querido. Es cierto que *tuve* mi parte de belleza, pero no pretendo ser nada extraordinario ahora. Una mujer con cinco hijas crecidas no puede pensar en su propia belleza.

–De ordinario, a una mujer en esa situación no le queda mucha belleza en la que pensar.

–De todos modos, querido mío, has de ir a ver al señor Bingley cuando llegue.

–Eso es más de lo que te puedo prometer.

–Pero... piensa en tus hijas. Piensa en qué buen partido sería para cualquiera de ellas. Sir William y lady Lucas están decididos a ir, nada más que por esa razón; ya sabes que, en general, no visitan a los recién llegados. Has de ir tú, porque de lo contrario no podremos ir nosotras.

–Eres demasiado escrupulosa. Estoy seguro de que el señor Bingley se alegrará mucho de verte; y le llevarás unas líneas mías asegurándole que cuenta con mi sincera aprobación para casarse con cualquiera de nuestras hijas; aunque tendré que añadir unas palabras en favor de mi pequeña Lizzy.

–No harás nada parecido. Lizzy no es mejor que las demás; no es ni la mitad de guapa que Jane y no tiene tan buen carácter como Lydia. Pero tú la prefieres siempre.

–Ninguna de ellas destaca demasiado –replicó el señor Bennet–; son tan tontas e ignorantes como otras chicas; pero Lizzy tiene un poco más de agudeza que sus hermanas.

–Señor Bennet, ¿cómo puedes insultar a tus propias hijas de esa manera? Te encanta mortificarme. No te compadeces en lo más mínimo de mis pobres nervios.

–Estás equivocada, querida mía. Siento un gran respeto por tus nervios, que son viejos amigos míos. Llevo por lo menos veinte años oyéndote con mucho respeto hablar de ellos.

–¡Ah! ¡No sabes cuánto sufro!

–Espero, sin embargo, que lo superes y vivas para ver cómo muchos jóvenes con cuatro mil libras de renta se instalan por estos alrededores.

–No nos serviría de gran cosa aunque fuesen dos docenas, puesto que te niegas a visitarlos.

–Ten la seguridad, querida mía, de que cuando sean dos docenas iré a visitarlos a todos.

El señor Bennet era una mezcla tan extraña de vivo ingenio, humor sarcástico, reserva y extravagancia que la experiencia de veinticuatro años no había sido suficiente para que su esposa lograra entender su carácter. A la señora Bennet, en cambio, era mucho más fácil entenderla. Mujer de escasa inteligencia, pocos conocimientos y humor voluble, cuando no se hacía su voluntad se imaginaba enferma de los nervios. La meta de su vida era casar a sus hijas, y su distracción, las visitas y las habladurías.

Capítulo 2

El señor Bennet fue uno de los primeros visitantes que recibió el señor Bingley. Siempre había tenido intención de presentarle sus respetos, aunque insistiéndole a su esposa hasta el último momento en que no lo haría; y la señora Bennet sólo tuvo conocimiento de la visita durante la velada del siguiente día, cuando lo supo de la manera que a continuación se explica. Al ver a su segunda hija ocupada en arreglarse un sombrero, el señor Bennet se dirigió a ella de repente con estas palabras:

–Espero que le guste al señor Bingley.

–No tenemos manera de saber *lo que* le gusta al señor Bingley –intervino su esposa con tono resentido– ya que no vamos a ir a visitarlo.

–Olvida usted, mamá –dijo Elizabeth–, que nos lo encontraremos en las reuniones sociales, y que la señora Long ha prometido presentárnoslo.

—No creo que lo haga. Tiene dos sobrinas y es una mujer egoísta e hipócrita que me merece una pésima opinión.

—A mí me sucede lo mismo —dijo el señor Bennet—; y me agrada saber que no cuentas con ella para que te haga favores.

La señora Bennet no se dignó responder; pero, incapaz de contenerse, empezó a reprender a una de sus hijas.

—¡Deja de toser de esa manera, Kitty, por el amor de Dios! Compadécete un poco de mis nervios. Consigues destrozármelos.

—Kitty es muy poco discreta cuando tose —dijo su padre—; no tiene sentido de la oportunidad.

—No toso para divertirme —replicó Kitty quejumbrosamente.

—¿Cuándo tendréis el próximo baile, Lizzy?

—De mañana en quince días.

—Sí, sí, claro —exclamó su madre—, y la señora Long no regresará hasta un día antes; de manera que le será imposible presentárnoslo, porque tampoco ella lo conocerá.

—En ese caso, querida mía, serás tú quien esté en mejor situación y podrás presentarle al señor Bingley.

—Imposible, señor Bennet, imposible, puesto que no lo conozco; ¿cómo puedes mortificarme tanto?

—Alabo tu circunspección. Dos semanas es, sin duda, muy poco tiempo. No se puede saber cómo es una persona en quince días. Pero, si nosotros no nos atrevemos, otros lo harán; y, después de todo, la señora Long también ha de tener su oportunidad; por consiguiente, como considerará que se le hace un favor, si tú no quieres ha-

cérselo, me ocuparé yo personalmente de presentarle al señor Bingley.

Las chicas miraron fijamente a su padre. La señora Bennet se limitó a decir:

–¡Tonterías y nada más que tonterías!

–¿Cuál puede ser el significado de una afirmación tan categórica? –exclamó su marido–. ¿Consideras que las fórmulas de presentación y lo mucho que se insiste en ellas son tonterías? En *eso* no estoy completamente de acuerdo contigo. ¿A ti qué te parece, Mary? Porque eres una jovencita que reflexiona mucho, lee libros voluminosos y prepara resúmenes.

A Mary le hubiera gustado decir algo muy sensato, pero no supo cómo.

–Mientras Mary precisa sus ideas –continuó su padre–, volvamos al señor Bingley.

–¡No soporto al señor Bingley! –exclamó su esposa.

–Lamento oír *eso*; pero ¿por qué no me lo has dicho antes? Si lo hubiera sabido esta mañana no habría ido a visitarlo. ¡Qué mala suerte! Porque, puesto que ya he ido a verlo, no podemos dejar de tratarlo.

El asombro de su esposa y de sus hijas era lo que el señor Bennet buscaba; y el de su esposa sobrepasó quizá al de las demás; aunque, cuando terminó su primer estallido de alegría, se apresuró a explicar que era lo que, desde el primer momento, había estado segura de que sucedería.

–¡Qué amable has sido! Aunque sabía que terminaría por convencerte. Sé que quieres demasiado a tus hijas para negarles esa oportunidad. ¡Qué contenta estoy! ¡Y vaya broma que nos has gastado, yendo esta mañana y sin decirnos una palabra!

–Ahora, Kitty, ya puedes toser todo lo que quieras –dijo el señor Bennet, abandonando la habitación, fatigado por los arrobamientos de su mujer.

–¡Qué padre tan excelente tenéis, hijas mías! –les dijo ella cuando se hubo cerrado la puerta–. No sé cómo podréis nunca agradecerle sus amabilidades; ni yo tampoco, si vamos a eso. Cuando se llega a nuestra edad ya no es tan agradable, os lo aseguro, hacer nuevas amistades todos los días; pero por vosotras estamos dispuestos a cualquier cosa. Lydia, querida mía, aunque eres la más joven, estoy segura de que el señor Bingley bailará contigo en el próximo baile.

–No me importa ser la más joven –dijo Lydia con firmeza–, porque también soy la más alta.

El resto de la velada se empleó haciendo conjeturas sobre cuánto tardaría el señor Bingley en devolver la visita de su padre y decidiendo cuándo le invitarían a cenar.

Capítulo 3

Pese a sus muchas preguntas, para las que contó con la ayuda de sus cinco hijas, la señora Bennet no consiguió extraer de su marido una descripción satisfactoria del señor Bingley. Las mujeres de la familia le atacaron de distintos modos; con preguntas directas, con suposiciones ingeniosas y con arriesgadas conjeturas; pero el señor Bennet esquivó todas sus estocadas, por lo que, al fin y a la postre, se vieron obligadas a aceptar la información, sumamente favorable, aunque de segunda mano, facilitada por su vecina, lady Lucas. Sir William estaba encantado con el señor Bingley. Era muy joven, extraordinariamente bien parecido, de trato agradable y, como adecuado remate, se proponía asistir al próximo baile con un numeroso grupo de amistades. ¿Qué más podía pedirse? El gusto por el baile era un primer paso que facilitaría sin duda el posterior enamoramiento; y se abrigaron vivas esperanzas sobre la disponibilidad del corazón del señor Bingley.

—¡Ah! Si pudiera ver a una de mis hijas felizmente colocada en Netherfield —le dijo la señora Bennet a su esposo—, y a todas las demás igual de bien casadas, no me quedaría nada más que desear en el mundo.

El señor Bingley devolvió a los pocos días la visita del señor Bennet y permaneció unos diez minutos charlando con él en la biblioteca. Tenía esperanzas de que se le permitiera comprobar la belleza de las señoritas de la casa, de la que tantos elogios se hacían, pero no vio más que al padre. Las jóvenes fueron algo más afortunadas, porque tuvieron ocasión de comprobar, desde una ventana del piso superior, que su nuevo vecino llevaba una casaca azul y montaba un caballo negro.

Poco después se le envió una invitación para cenar; pero cuando la señora Bennet ya había pensado en los platos que realzarían sus virtudes de ama de casa, llegó una respuesta que lo retrasó todo. El señor Bingley tenía por fuerza que estar en Londres al día siguiente y, en consecuencia, le era imposible aceptar la invitación con que le honraban y la compañía ofrecida. El desconcierto de la señora Bennet fue grande, al no entender que el señor Bingley tuviera asuntos en Londres cuando apenas acababa de llegar a Hertfordshire; y temió que su nuevo vecino se pasara la vida volando de un sitio a otro, sin instalarse nunca en Netherfield como debiera. Lady Lucas consiguió tranquilizarla un tanto lanzando la idea de que el señor Bingley sólo se había marchado a Londres para volver al baile con un grupo numeroso; a lo que pronto siguió la noticia de que traería consigo a doce damas y a siete caballeros. A las hermanas les preocupó tal abundancia de competidoras, pero se consolaron la vis-

pera del baile cuando tuvieron noticia de que, en lugar de una docena, sólo había traído de Londres a seis señoras: sus cinco hermanas y una prima. Y cuando el grupo entró finalmente en el salón de baile, pudo verse que sólo lo componían cinco personas: el señor Bingley, sus dos hermanas, el marido de la mayor y otro joven caballero.

El señor Bingley era apuesto y de aspecto distinguido, semblante agradable y de trato cordial, sin la menor muestra de afectación. Sus hermanas también eran mujeres distinguidas, con aspecto de estar perfectamente al tanto de la última moda. Su cuñado, el señor Hurst, parecía, sin más, un caballero; pero el señor Darcy, el amigo del señor Bingley, pronto llamó la atención de los presentes por su aventajada estatura y buen talle, facciones regulares, nobleza de porte y por la información –que empezó a correr de boca en boca antes de que hubieran transcurrido cinco minutos desde su llegada– de que contaba con diez mil libras de renta. Los caballeros decidieron que era un hombre de excelente figura y las damas lo declararon mucho más apuesto que el señor Bingley; pero aunque se le contempló con gran admiración durante la primera mitad de la velada, su actitud provocó un desagrado creciente que redujo de inmediato su popularidad; se descubrió que era orgulloso, que se consideraba superior a todos los presentes y que era persona difícil de contentar; y ni siquiera la importancia de sus propiedades en Derbyshire bastó para contrarrestar la expresión severa y desagradable que lo hacía indigno de cualquier comparación con el nuevo ocupante de Netherfield.

El señor Bingley se hizo muy pronto amigo de las personas de mayor relevancia social que asistían al baile; era un joven animado y de carácter abierto que bailó todas las piezas, se quejó de que la reunión concluyera tan pronto y habló de organizar otro baile en su nueva casa. Cualidades tan agradables hablan por sí mismas. ¡Qué contraste entre él y su amigo! El señor Darcy bailó sólo una vez con la señora Hurst y otra con la señorita Bingley, sin querer que se le presentara a ninguna de las damas de la localidad, y pasó el resto de la velada paseando por el salón y hablando de cuando en cuando con alguien de su mismo grupo. Ya no quedaba duda alguna sobre su carácter. Era el hombre más orgulloso y desagradable del mundo, y todos desearon que no volviera a aparecer nunca por allí. Entre las opiniones más desfavorables hay que señalar la de la señora Bennet, a cuyo desagrado por su manera general de comportarse hubo que añadir su resentimiento personal por haber hecho de menos a una de sus hijas.

Elizabeth Bennet se vio obligada, debido a la escasez de caballeros, a quedarse sin pareja durante dos de las danzas; y durante parte de ese tiempo el señor Darcy permaneció lo bastante cerca para que la joven oyera sin proponérselo una conversación entre este último y el señor Bingley, que abandonó el baile unos minutos para convencer a su amigo de que participara de manera más activa.

—Vamos, Darcy —le dijo—, he de hacerte bailar. No me gusta verte por ahí solo de esa manera tan tonta. Será mucho mejor que bailes.

—No pienso hacerlo. Ya sabes que no me gusta bailar, a no ser que conozca bien a mi pareja. Y en una reunión

como ésta sería insoportable. Tus hermanas están pedidas y no hay ninguna otra mujer en la sala con quien no fuese un castigo tener que bailar.

—¡No quisiera ser tan exigente como tú por todo el oro del mundo! —exclamó Bingley—. Te juro por mi honor que no he conocido en toda mi vida a tantas muchachas agradables; y varias de una belleza fuera de lo corriente.

—*Tú* estás bailando con la única joven bien parecida que hay en el baile —dijo el señor Darcy mirando a la mayor de las Bennet.

—¡Ah! ¡Es la criatura más hermosa que he visto nunca! Pero, exactamente detrás de ti, está sentada una de sus hermanas, que es muy bonita y me atrevo a decir que muy simpática. Déjame que le diga a mi pareja que os presente.

—¿A quién te refieres? —Volviéndose, el señor Darcy contempló por un momento a Elizabeth, hasta que, al tropezarse con su mirada, apartó la vista y dijo con frialdad—: No me parece mal, pero no es lo bastante guapa para tentarme; y ahora no estoy de humor para interesarme por jovencitas que otros hombres pasan por alto. Será mejor que vuelvas con tu pareja y disfrutes de sus sonrisas, porque estás perdiendo el tiempo conmigo.

El señor Bingley siguió su consejo, el señor Darcy se alejó, y en el pecho de Elizabeth no quedaron unos sentimientos excesivamente cordiales hacia él, lo que no le impidió contar lo sucedido a sus amigas con notable sentido del humor, porque era una persona despierta y alegre, que sabía sacar punta a cualquier cosa ridícula.

En conjunto, la velada transcurrió agradablemente para toda la familia. La señora Bennet había tenido ocasión de ver lo mucho que al grupo de Netherfield le

agradaba su primogénita. El señor Bingley bailó con ella en dos ocasiones, e incluso las hermanas del nuevo inquilino de Netherfield le prodigaron sus atenciones. Jane lo agradecía todo tanto como su madre, aunque de manera más reposada. Elizabeth se alegró de la satisfacción de Jane. Mary oyó que se la mencionaba como la muchacha con más talento de la zona; y Catherine y Lydia tuvieron la suerte de no quedarse nunca sin pareja, algo que, de momento, era lo que más les preocupaba en los bailes. Así que regresaron de muy buen humor a Longbourn, el pueblo donde vivían, y en el que su familia era la de mayor relieve. Al llegar a casa encontraron al señor Bennet todavía levantado. Con un libro entre las manos se olvidaba del tiempo y, en aquella ocasión, sentía además bastante curiosidad por conocer el resultado de una velada que había despertado tantas expectativas. Más bien abrigaba la esperanza de que todas las ilusiones de su esposa sobre el recién llegado se vieran defraudadas, pero pronto descubrió que iba a tener que oír una historia bien diferente.

—¡Ah, mi querido señor Bennet! —exclamó ella al entrar en la habitación—. ¡Qué velada tan deliciosa y qué baile tan maravilloso! Siento que no hayas estado allí. Todo el mundo se ha fijado en Jane, no puedes imaginártelo. Todos se han hecho lenguas de su atractivo; el señor Bingley la ha encontrado muy hermosa y ¡ha bailado dos veces con ella! Fíjate bien en eso, querido mío: ¡ha bailado dos veces con ella! La única muchacha a la que ha sacado a bailar una segunda vez. Primero bailó con la señorita Lucas. Me disgustó mucho verlo con ella, pero luego no volvió a interesarse; a decir verdad, nadie lo hace, como sa-

bes muy bien; Jane, en cambio, pareció impresionarle mucho cuando la vio bailando. Así que preguntó quién era e hizo que se la presentaran y le pidió que bailara con él la siguiente pieza. Luego bailó en tercer lugar con la señorita King, y en cuarto con María Lucas, de nuevo con Jane, y después con Lizzy y la Boulanger...

–Pues si tuviera un poco de compasión conmigo –exclamó su marido con impaciencia–, ¡no habría bailado ni la mitad! Por el amor de Dios, ¡no me sigas enumerando a sus parejas! ¡Ojalá se hubiera torcido un tobillo durante la primera pieza!

–¡Ah, querido! –siguió la señora Bennet–, ¡estoy encantada con él! ¡Es tan sumamente guapo! Y sus hermanas, unas damas encantadoras. No he visto en toda mi vida nada tan elegante como sus vestidos. No me extrañaría que el encaje del de la señora Hurst...

Al llegar aquí se vio interrumpida de nuevo. El señor Bennet se oponía a cualquier descripción de galas femeninas, por lo que su esposa se vio obligada a buscar otro cauce para su relato y pasó a contar, con mucha amargura y alguna exageración, la escandalosa descortesía del señor Darcy.

–Pero te aseguro –añadió la narradora– que Lizzy no se pierde mucho, porque es el hombre más desagradable y antipático que cabe imaginar, y no merece la pena intentar complacerlo. ¡Tan superior y tan engreído que era absolutamente insoportable! ¡Iba de aquí para allá, convencido de que no había otro como él! ¡Ninguna chica lo bastante guapa para sacarla a bailar! Quisiera que hubieras estado allí, querido, para ponerlo en su sitio con una de tus salidas. No sabes cómo detesto a ese hombre.